

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS

ADVERTENCIA.

No se admiten libranzas especiales de las últimamente creadas para el pago de suscripciones.

SECCION RECREATIVA.

D. NICOLAS

Cuando un príncipe de Borbon es acusado de estafa, y un rey Milano es concursado por sus acreedores, y un hijo mata á su madre, y una madre abandona á su hijo, y un marido degüella á su mujer, y una muger engaña á su marido, y el fraude y el hurto y la ambicion y la maldad corren como agua por esos mundos de Dios convirtiéndolos en mundos del diablo, parece como que el alma tiene necesidad de descargar el peso de sus tristezas sobre el recuerdo de alguna de esas virtudes, que, humildemente escondidas en el corazon de los pobres como las violetas en las quebraduras de las rocas, elevan no obstante su aroma hasta lo más alto de los cielos.

No se si acertaré á describir una que conocí siendo muchacho, y que constituye un cuadro verdaderamente edificante.

Tendria yo algunos diez años, cuando, habiéndome dado la mania de pintar monos de varias especies y tamaños, fué tal la traza que me di en el arte, que no faltó quien aconsejase á mi padre me pusiera bajo la direccion de un maestro de dibujo. Pocos dias despues era yo presentado á un hombre de unos cincuenta años que andaba encorvado en forma de semicírculo, y de cuya cabeza cubierta con un enorme sombrero de copa alta cepillado al revés, colgaban dos enormes quedejas en forma de tirabuzones. El resto del traje estaba en armonia con su figura: en el cuello llevaba un corbatín con alma de correa, por cuyo borde superior asomaban las puntas de una camisa jamas planchada; la levita, prenda de tejido variable pero de forma fija, bajaba desde la cintura formando dos extensas alas que flotaban al viento como dos banderas, y los pantalones, sostenidos por

dos tirantes muy cortos, despues de cubrirle la mayor parte del pecho aun tenían sobrada tela para caer arrugados sobre dos grandes borceguís ó botas de chocolatera, que, oponiéndose á la invasion del paño, parecian decir como las columnas de Hércules: «Non plus ultra.»

Al hallarme en presencia de aquel ser raro casi tuve miedo; más no bien mi padre le dirigió la palabra deshízose la joroba, levantóse la encorvada cabeza y de entre las quedejas salió una voz dulce y bondadosa que borró todas mis prevenciones.

—Buenos dias señores,—nos dijo con la mayor amabilidad del mundo.

Mi padre le estrechó la mano como se le estrecha á un antiguo amigo, y momentos despues de explicarle el objeto de nuestra visita, quedé yo instalado como discípulo en la academia del más original de todos los maestros.

En efecto; D. Nicolás, que así se llamaba mi nuevo profesor, era un hombre original por todos conceptos. La estrambótica figura de su cuerpo contrastando con la nobleza, sencillez y piedad de su alma, y hacian de él un tipo poco comun. Nosotros entonces, como muchachos y traviosos, maldito si nos fijábamos en las prendas morales de nuestro maestro; hacíannos reir sus *prendas físicas*, y convertidos en tormento constante de su trabajosa vida temporal, nos habíamos propuesto con nuestras diabluras hacerle ganar pronto la eterna, ahorrándole muchos años de purgatorio.

Una de nuestras gracias consistia por ejemplo en dejarle sin pan la mayor parte de los dias pidiéndole miga para borrar los trazos del lapiz.

—D. Nicolás pan,—exclamábamos en cuanto se nos escapaba una raya.

—D. Nicolás pan, que se me ha torcido esta nariz.

—D. Nicolás pan, que se me ha estropeado esta oreja.

—Pan, D. Nicolás,

—D. Nicolás deme usted pan.

—¡Caramba!—decia el pobre hombre apurado;—para pintar un alfiler, necesitan ustedes una panadería.

Y sin embargo el inocente aun entraba por tercera y cuarta vez á sacarnos

pan mermándolo de su pobrísima comida.

La paciencia de D. Nicolás no tenia límites.

Aun me parece estarle viendo sentado en unas de aquellas sillas antiguas de pies tallados, con los suyos á un rayito de sol, abrumado al peso de la joroba, y sufriendo en silencio las mil sandeces que se nos ocurrían á cada momento.

No obstante apesar de tener un natural nervioso y susceptible, jamas le vimos gravemente airado. Cuando nuestras impertinencias llegaban al máximo subíasele un poco de carmin al rostro y á lo sumo, dejaba escapar una interjeccion femenina.

Un ajo hembra.

Mas en seguida, agobiado por el peso de los escrúpulos, arrepentíase de su ligereza, serenábase, y dirigiéndose con disimulo hacia alguna de las antiguas imágenes que adornaban su destartalado albergue, desahogaba allí su pecho dando unos cuantos suspiros de contriccion.

¡Pobre D. Nicolás! ¡qué alma tan hermosa tenia!

¡Y cuan lejos estaba nuestra pueril necedad de comprender toda la virtud que encerraba en ella y toda la resignacion que habia en su pobre corazon amargado siempre por las penas y sostenido tan solo por la fé!

Efectivamente, D. Nicolás era un hombre que habia padecido mucho. Hijo de familia distinguida, su porte delicado y su finura, revelaban la educacion que habia recibido; mas la fortuna habia vuelto la espalda á sus padres, y de su pasada grandeza solo le restaban recuerdos: era muy pobre; ademas una enfermedad le habia dejado inútil y débil, y esto, unido á la cortedad de su genio y á la delicadeza de su carácter, casi le tenia sumido en la miseria.

Sin embargo, no por esto se impacientaba el pobrecillo: la piedad jamas se impacienta. La clave que sostenia el edificio de su corazon era la confianza en Dios. D. Nicolás llevaba con la mayor paciencia su pobreza, sus enfermedades y sus desdichas; porque, como buen cristiano, sabia perfectamente que la cruz es la llave del cielo, y que sin

abrazarla nadie entra en él.

—La vida cristiana, hijos míos,—nos decía sermoneándonos algunas veces,—es una vida de penitencia; lo dice el Santo Concilio de Trento.

Nosotros nos echábamos á reír.

—Desgraciado.—añadía él sin fijarse en nuestras burlas;—desgraciado el que á cada momento no combate sus pasiones, porque ese pierde el tiempo que Dios le dió para tejer su propia corona.

Otras veces nos salía por otro lado.

—Si á ustedes en la víspera de su casamiento los llamase una persona rica, y abriéndoles un arca llena de oro les digese «tomad todo el que queráis á condicion tan solo de que os lo lleveis contado» ¿qué haríais?

—¡Canario!.....—exclamaban todos soltando la carcajada.

Yo me echaba sobre el arcon, decía uno, y no paraba de contar en todo el día.

—Y yo pasaba la noche sin dormir, cuenta que cuenta.

—Y yo sin comer.

—Claro—contestaba D. Nicolás sonriendo,—como que cada minuto perdido representaba un capital. Pues eso es precisamente lo que debe hacer el hombre en este mundo. La vida que ha recibido es para que la aproveche en preparar sus bodas eternas. Abierto tiene el tesoro de Jesucristo repleto de joyas y riquezas infinitas. ¿No será un necio si por no tomarlas con las manos de sus buenas obras no tiene luego con que adornar su alma para que sea admitida á los desposorio celestiales?

Estas cosas solian llamarnos la atención algunas veces, y nos hacian comprender que D. Nicolas era un hombre que valia más de lo que parecia.

Algunos años despues de salir yo de la academia aun seguí haciéndole algunas visitas, y cada vez le hallaba más pobre, pero tambien mas resignado.

Ultimamente ya no le quedaban discípulos, y estaba reducido al producto de sus obras.

Pero ¡qué obras, santo cielo!

Pintadas económicamente con colores molidos en casa, perdian el tinte á los seis meses como las indianas de mala calidad. Por otra parte, como el dibujo no era tampoco un prodigio de arte, el pobre D. Nicolás iba perdiendo poco á poco los parroquianos.

Por último su estrechez fué tal, que ya casi vivia de limosna.

Encerrado en su cuartito, él se remendaba la ropa, se arreglaba la fru-

gal comida, consistente en unos cuantos nabitos y patatas que mondaba con el cuchillo de rascar la paleta, ó bien en alguna mohosa sardinilla que por no gastar fuego solia asar á la luz del velon.

De esta manera iba el pobre viejo arrastrándose penosamente hacia su fin que no debia estar muy lejano, pues sus achaques eran cada vez mayores.

Un dia notaron los vecinos que D. Nicolás no salia de su habitacion, y entraron á ver lo que ocurría.

Estaba enfermo, se moría.

Llamaron á un sacerdote, administráronle los Santos Sacramentos, y cuando rodeados todos á su cama esperaban recibir su último aliento, el enfermo abrió los ojos y manifestó deseos de hablar.

—¿Qué quiere usted, D. Nicolás—preguntó el sacerdote.

El moribundo alargó la mano, y señaló hacia un rincon del cuartucho.

—¡Allí!, dijo, ¡allí!, ¡allí!

—Allí ¿que?—preguntaron todos.

—Allí... hay dinero.

—¡Dinero!!—exclamaren sorprendidos juzgando ya miserabilísimo avaro al que, viviendo casi de limosna, habia llegado á la vejez sumido en mil privaciones para juntar un puñado de oro que no habia de disfrutar jamas.

—Sí, dinero,—dijo el pobrecillo maestro con voz apenas perceptible.—Hace muchos años que lo estaba reuniendo.

—Pero ¿para qué?

—Para pagar una antigua deuda de mis padres, que no pudieron pagar ellos antes de morir.

Figúrense el asombro que tal respuesta causaria en los circunstantes; todos se miraron estupefactos; en muchos ojos asomaron las lágrimas. Aquel hombre era un héroe; un héroe de honradez y de virtud.

Pidiéronle inmediatamente explicaciones, y resultó en efecto que sus padres, antiguos comerciantes genoveses, habian quebrado hacia muchísimos años y habian quedado á deber cierta cantidad á una señora anciana ya y rica, que como es natural, ni si quiera se acordaba de semejante deuda.

D. Nicolás hizo sacar el dinero, y poco despues de morir era entregado puntualmente á su acreedora, que admirada y enternecida de tanta honradez, no tuvo inconveniente en dedicar la mayor parte en sufragios por el alma de su deudor.

¿Qué te parece, lector, esta historia?

¿No es verdad que en tiempos como los presentes, en que un príncipe de Borbon es acusado de estafa, y un rey Milano es concursado por sus acreedores, y un hijo mata á su madre, y una madre abandona á su hijo, y un marido degüella á su muger, y una muger engaña á su marido, y el fraude y el hurto y la ambicion y la maldad corren como agua por esos mundos de Dios convirtiéndolos en mundos del diablo; cuando en tales tiempos, digo, se tropieza con una virtud que paga deudas viejas con dinero recogido de limosna, ¿no es verdad que el alma se ensancha y renace la esperanza en el corazon?

Pues esto me sucede á mi cada vez que me acuerdo del benditísimo D. Nicolás.

A. C. y G.

MARÍA INMACULADA

I. Existia en la ciudad de Manresa, ya desde el siglo IX, el Cabildo de Canónigos regulares de San Agustín, que residian en un edificio anexo á la iglesia de Santa María, que en el siguiente siglo fué dedicada á Nuestra Señora de la Aurora, y que últimamente tuvo el dictado de Seo ó Catedral, que hoy conserva.

Formaba parte de este cabildo en el primer tercio del siglo XV, un ilustrado sacerdote, el Dr. D. Francisco de Asís Mulet.

Hombre de piedad y de talento, habiase hecho querer de cuantos habian tenido ocasion de tratarle.

A consecuencia de esto, algunos padres le habian pedido y encomendado la educacion de sus hijos, á lo cual gustoso se prestaba el Canónigo, puesto que á sus conocimientos unia como buen cristiano una excelente humildad.

Tal vez no para todos poseia esta virtud, ya que no le creian tal aquellos en quienes alguna vez habia tenido que echar en cara faltas dignas de grave reprension.

Para esto no era humilde el Dr. Mulet; ni serlo debia, desde el momento en que su caracter sacerdotal le impedia transigir con aquello con que todavia en nuestros dias no pueden ni deben transigir los sacerdotes que quieren conservar su dignidad de tales.

Uno de esos infelices buscaba constantemente y con frenética avidez una ocasion en que poder devolverle agravio real por pretendido agravio de él recibido.

Y vino la ocasion.

Una tarde, al cruzar el Canónigo por el interior del templo, encaminándose á su celda donde tenia que dar la habitual leccion de rudimentos de latin á un niño, hijo del fiscal de la curia del Vegner, observó que el muchacho estaba haciendo con algunos

otros, travesuras propias sin duda de la edad, pero impropias de aquel que en ellas tomaba parte.

Prudente el sacerdote, dejó que viniera el muchacho á su celda, y nada le dijo de lo que observaba, dedicándose ante todo á lo para que iba allá su discípulo.

Más ved ahí que el niño no supo la lección y el maestro se incomodó, y acabó por propinarle al inaplicado chico algunos ligeros bofetones.

II. Camino de Manresa y ya muy cerca de la ciudad, iba con otros amigos el fiscal de la curia del Veguer.

Regresaban de un pueblecito distante escasamente una hora de la ciudad, Viladordis, donde se celebraba en tal día la fiesta de la Natividad de María, titular de aquel antiguo templo parroquial.

La fiesta había estado animada, y los que de ella venían traían todavía algunos restos de la animación aquella.

Estaban alegres, y no era el fiscal de la curia del Veguer el que menos expansivo se mostraba.

Cerca del sitio donde más tarde estuvo el convento de religiosos Capuchinos, agrogóse á la comitiva un hombre que venía de Manresa.

Sin apenas cambiar con ellos la palabra de Adios, tocó ligeramente en la espalda al fiscal y le llevó aparte.

—¿Que me quieres? preguntóle Francisco Planes, que así se llamaba el interpelado.

—Oye; ¿vienes ahora de la fiesta?

—Ya lo ves.

—Pues mira que bien te cae: tú divirtiéndote y, mientras tanto...

—¿Qué ocurre?—exclamó Planes.

—Casi nada. Tu hijo...

—¿Le ha sucedido algo á mi hijo?

—Anda á preguntárselo al canónigo Mulet.

El fiscal sintió un extraño temblor apoderarse de él.

—¿Le ha pegado?—murmuró.

—Y de firme.

—¿Es cierto lo que dices?

—Tan cierto.

Plandes no le dejó terminar la frase.

Rápido como una saeta desprendida con fuerza por el arco, penetró en la ciudad, y jadeante casi llegó á la Seo.

Allí estaba el Dr. Mulet con los demás canónigos y otros amigos, bien ajenos todos de la idea que á aquel sitio conducía al que acababa de llegar.

Adelantóse el buen sacerdote á recibirle e inmediatamente le increpó el padre por el mal trato que á su hijo diera.

Contóle la verdad de lo acontecido el increpado, reiteró sus recriminaciones el padre, y dejándose arrastrar por una extraña é incalificable cólera, echó mano á su espada y con ella hirió al maestro de su hijo.

Momentos despues el canónigo Mulet espiraba en su celda entre la natural consternación que el suceso produjera.

III. Agotados todos los recursos de la ciencia, fué amortajado el cadáver, y se retiraron los canónigos á sus respectivas celdas, despues de haber acordado lo necesario para darle digna sepultura.

Entregados se hallaban ya casi todos al descanso, cuando vinieron á turbar su sueño unos gritos que del interior mismo de la casa procedían.

El que aquellos gritos profería llamaba á grandes voces á los canónigos y á su Prior.

Azorados salieron todos de sus celdas, y convergieron en el punto de donde partían las voces.

Era la celda donde amortajado yacía el malogrado Dr. Mulet.

Y era este quien aquellas voces daba, suplicándoles le ayudasen á incorporarse.

—¡Milagro! ¡milagro! ¡milagro!—exclamaron los circunstantes.

Y dieron voces á su vez, y acudieron muchas personas, y delante de ellas pronunció el Dr. Mulet las siguientes palabras, dirigiéndose al Sr. Prior:

—¡Oh Sr. Prior! Yo he sido muerto y he estado ante el tribunal de Dios. Hubiera sido condenado eternamente si no hubiese intercedido por mí la santísima Virgen María, á la cual saludaba yo todos los días rezándole el oficio menor delante de esta imagen suya que yo había mandado hacer, por cuanto yo Francisco Mulet estando estudiando en la universidad de Lérida había padecido un grandísimo error, afirmando pertinazmente que la Virgen María fué concebida en pecado original.

Pidió luego un confesor, reconcilióse con él, y llamando á todos los canónigos, suplicóles le ayudasen á ponerse en pé, y con voz muy ríea y grave acento dijo:

«Por mandato de Dios y de la purísima Virgen María he vuelto al mundo para manifestar y publicar que su Concepción fué sin pecado original.»

Y aduciendo pruebas y razones de gran valer en apoyo de sus palabras, y dando gracias á Dios y á María por lo inmenso de su bondad, abandonó de nuevo esta vida, para ir á descansar para siempre en el seno del Señor.

IV. Si algun día pasáis por Manresa y os deteneis en ella, no dejéis de visitar su suntuosa Catedral.

Una vez en ella cualquier persona del país que encontréis os enseñará si lo pedis unos grandes cuadros al óleo que representan la historia que acabo de referiros.

Y si sois literatos ó aficionados á antigüedades, en el archivo de aquella santa iglesia encontrareis el relato de esta misma historia.

Verdadera historia de un maravilloso hecho.

Hecho sobrenatural con que quiso Dios recordarnos que debemos honrar á María, con el sorprendente título de *Inmaculada*.

F. Luis Obiols

(Mensajero Seráfico)

Dicen algunos. Dios ha previsto desde la eternidad si yo debo salvarme ó condenarme. Es inútil todo lo que haga; no puedo cambiar mi destino.

Contestacion. Si tu esposa te dijese: Amigo mio, Dios ha previsto desde la eternidad si debes comer ó no en el día de hoy. Es inútil cuanto yo haga; no será más que lo que Dios ha previsto. Me voy, pues, á paseo, y tu comida... se arreglará como Dios quiera.

Si tu hijo te dijese; Querido padre, Dios ha previsto desde la eternidad si he de trabajar hoy ó si he de hacer fiesta. Es inútil cuanto haga; no cambiaré mi destino. Voy, pues, á divertirme. en vez de leer ó de escribir.

Se me figura que no te costaría mucho trabajo el contestarle, y sobre todo, el hacerles entrar en razon.

Lo que tú contestarías á tu mujer y á tu hijo, yo te lo contesto á ti mismo.

La presciencia de Dios no destruye nuestra libertad. Y aún cuando nuestra débil razon no puede sondear el fondo de este gran misterio, sabe sin embargo, lo bastante para estar seguro de la verdad.

1.º Por de pronto, y apesar de todos los razonamientos, de todas las sutilezas, tenemos todos el sentimiento íntimo de que somos libres en nuestras determinaciones. Yo siento, mientras escribo estos renglones, que depende de mi voluntad el poner aquí una palabra en vez de otra, el interrumpir ó el continuar mi trabajo, etc, Vosotros que leéis; sentís, sin que nadie pueda persuadiros de lo contrario, que sólo de vosotros depende el proseguir leyendo ó el permanecer sentados, etc. Es, pues, cierto que tanto vosotros como yo somos libres.

2.º En segundo lugar, la dificultad de conciliar nuestra libertad moral con la presciencia de Dios, ¿es tan seria como parece á primera vista? Yo no lo creo, y pienso que en esto sólo hay una *cuestion de palabras*.

En este particular aplicamos á Dios nuestra medida, y hablamos de El como de nosotros mismos. Le atribuimos nuestras debilidades; de lo que resulta que nos creamos dificultades imaginarias.

Hablando con exactitud, no hay presciencia en Dios. Prever, es lo mismo que ver con anticipacion, ver lo que sucederá. Prever, supone necesariamente un tiempo venidero, que aún no existe. Ahora bien; para Dios no hay futuro ni sucesion de tiempo, sino un eterno é inmutable presente. Lo pasado y lo venidero no son más que para las criaturas finitas y sujetas á mudanzas. Nosotros, los hombres, prevemos; más es una imperfeccion de nuestra naturaleza. Dios, el ser perfecto ve pero no prevé.

El ve nuestras acciones: y hasta ahora,

que yo sepa, nadie jamás ha dicho que el conocimiento actual que Dios tiene de nuestras acciones menoscabe en nada nuestra libertad. Pues bien; Dios no tiene otro conocimiento más.

Me parece esto muy sencillo, muy fácil de comprender. Aquí no queda ya más que el misterio de la eternidad, de la inmutabilidad de Dios; ó mejor, el misterio de su existencia. Mas ¿quién será tan insensato que diga: No quiero creer en Dios, porque no concibo lo infinito?

Haz, pues, buen uso de tu libertad á la presencia de Dios, que á cada uno dará según su merecido.

M. Segur.

VARIEDADES

Es gracioso

El rey Humberto ha conferido al ministro Crispi el collar de la Orden Anunciata.

Entre las obligaciones de los caballeros de esta Orden están las siguientes:

1.^a Vivir en la fé de Cristo según los mandamientos de la ley de Dios y de la iglesia.

2.^a Rezar todas las mañanas el Padre Nuestro y Ave-Maria.

3.^a Tomar las armas en defensa de la fé católica y de la libertad de la Iglesia y la Sede Apostólica.»

¿Cómo se lo arreglará Crispi, enemigo de la Iglesia, enemigo del Papa y enemigo de la fé católica para cumplir estas tres obligaciones?

No lo sabemos.

Se necesita toda la frescura de un ministro progresista para lucir collar nuevo después de haber ladrado tanto á quien por su defensa le inventó.

Lo que pide la internacional

Una frielera.

«Pide que no haya gobiernos, porque los gobiernos, dice, aplastan á impuestos; que no haya ejércitos, porque los ejércitos asesinan; que no haya ninguna religion, porque las religiones ahogan la inteligencia.»

«La alianza, añade, se declara atea; quiere la abolición de cultos, la sustitución de la ciencia á la fé, de la justicia humana á la divina, y por último, la abolición completa del matrimonio.»

Esto es, la vida perruna.

¿Quién había de decir á los animales que algun dia habían de servir de modelo á los hombres!

Quiero decir, á los libre-pensadores.

Lo que pide el catolicismo

Queremos la religion al nacer porque el niño sin religion es el hijo de la naturaleza, el hijo de la cólera y del pecado.

Queremos la religion en la escuela, porque la instrucción sin religion lleva tarde, ó temprano á desastres para el corazón ó la cabeza, y á desgracias para el hogar doméstico y la patria.

Queremos la religion en el matrimonio, porque el matrimonio sin Sacramento es la fragilidad humana, la pasión brutal, fugaz é irritable, la corrupción y el abandono de la familia, mientras que el Sacramento, lazo sagrado que une á la honestidad del hogar la perpetuidad del afecto, es una alianza augusta que solo Dios puede romper.

Queremos en fin la religion en la muerte, porque sin el auxilio de la religion la muerte es espantosa, y con sus auxilios el hombre muere confortado, y los que le ven morir quedan con la esperanza de volver á abrazarle un dia en el seno de Dios para no separarse de él jamás.

Frutos católicos

Un vapor italiano se apoderó hace poco en el Mar Rojo de una barca que conducía quince niños y treinta niñas de la tribu de los Gallas que habían sido hechos esclavos mientras se hallaban cogiendo leña cerca de su aduar. Entregados dichos niños á las hermanas de S. Vicente de Paul, estas santas mugeres se han encargado de cuidarlos, educarlos y convertirlos en criaturas civilizadas.

Se han establecido en Alcoy las hermanas de la Caridad pertenecientes á la congregación de Siervas de Maria, para asistir á los enfermos á domicilio. Su asistencia es gratuita, pues solo viven de limosna.

La junta de señoras cristianas de París ha obtenido de los propietarios de los grandes almacenes que permitan á sus dependientes el descanso del Domingo.

También han conseguido los católicos belgas igual beneficio para los empleados de correos, telégrafos y ferro-carriles.

Un farmacéutico de Tortosa ha ofrecido á la sociedad de S. Vicente de Paul todos los medicamentos que necesite para sus pobres.

En Noviembre último se ha inaugurado en Madrid un patronato de jóvenes artesanos bajo la inspección de los Hermanos de las escuelas cristianas, con ayuda de otros jóvenes entusiastas de la caridad. En él son instruidos los domingos los jóvenes obreros, y se les proporciona por la tarde horas de recreo para apartarlos del mal y salvarlos de muchos peligros.

El Cardenal Lavigiére continua adelante su cruzada para acabar con la esclavitud en Africa. Cuenta ya con grandes limosnas y con esforzados corazones católicos que se ofrecen á luchar personalmente por la libertad de los pobres esclavos sin mirar si son negros ó blancos, porque para la caridad cristiana todos los hombres son hermanos de veras.

En Roma se ha abierto un nuevo colegio eclesiástico para instruir jóvenes sacerdotes y enviarlos al Canadá.

Una señora piadosa ha donado diez mil

pesetas á la casa misericordia de Bilbao.

Frutos anticatólicos

Han sido expulsados de Morgex (Italia) los padres capuchinos.

En Versalles han sido arrancadas de manos de las hermanas de S. Vicente de Paul las huerfanitas que sostenía la beneficencia pública, para ser entregadas á las escuelas sin Dios fundadas en dicha población.

El gobierno de Italia ha suprimido la asistencia del sacerdocio en las prisiones.

Igualmente, y para que los niños aborrezcan la enseñanza religiosa, ha hecho reunir en un salon á los que la rechazan, y en premio de su infantil apostasia les ha regalado billetes de la caja de ahorros.

Se continuará.

EL JUGADOR

Sin Dios, porque le olvida en su locura;

sin ley, porque atrevido la vulnera;

sin hogar, porque ¡jamás! le perdiera;

sin hijos, porque pan no les procura;

sin salud, porque tiene calentura;

sin fé, porque del Cielo desespera:

tal es del jugador la verdadera,

imponente, fatídica figura.

Vedle: llega al tapete, su atonía

en sorda excitación se cambia luego;

late su corazón con furia impía;

¡Ay! se siente morir, olas de fuego

azotan su cerebro... y todavía

con cavernosa voz exclama: ¡Juego!

Carlos Valverde Lopez.

Máximas morales.

No deseéis más que lo que podáis alcanzar.

Una onza de reputación, vale más que mil libras de oro.

Una onza de vanidad echa á perder un quintal de mérito.

La veaganza es el placer de las almas bajas y ruines.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándose la bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas facilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fabricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción	4 pesetas mensuales
Media id.	2
Un cuarto id.	1
Un octavo id.	0'50

Dirigir la correspondencia á E. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de «La Semana Católica, Villanueva, 6 bajo.